

## *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*

Asumido esta vez casi sin ironía, el ejemplo virgiliano, en sus rasgos novelescos y con frecuencia sólo en sus valores de contenido, se reconoce claramente también en la última obra de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, publicada póstumamente (1617). Última obra, bien sea por su fecha de impresión, bien porque fue terminada poco antes de su muerte, pero no por su prolongada redacción, visto que Cervantes habla ya de ella en el prólogo de las *Novelas ejemplares* (1613). El modelo principal y directo de esta «epopeya en prosa» (según la poética aristotélica, que Cervantes sigue ahora con mayor escrupulosidad), son las afortunadísimas *Etiópicas* de Eliodoro, novela griega de peregrinaciones y de amores, traducida en Francia en 1547 y en España en 1554.

La reseña de las reminiscencias virgilianas del *Persiles* comienza con el cap. 22 del libro 1.º, donde las justas de destreza y de fuerza, organizadas por el rey Policarpo, se inspiran en las ordenadas por Eneas en honor de Anquises (*Eneida*, 5, vv. 114 y ss.), aunque aquéllas se encuentran igualmente en otras novelas pastoriles y caballerescas del mismo período, como observa Avalle-Arce<sup>25</sup>. Algunos críticos, Schevill y Forcione<sup>26</sup>, han creído vislumbrar un eco virgiliano en las varias intromisiones del narrador en el *Persiles*, ya sea en forma de apóstrofe retórico, ya en forma de simples comentarios a la acción, según las indicaciones ofrecidas por Heinze<sup>27</sup>: así, en el cap. 19 del Libro 1.º, donde se lee que «Miserables son y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tierra se les ofrezcan»; así también en el comienzo del cap. 23 (Libro 1.º), en el inspirado comentario sobre los celos de Auristela (que recuerda el de la *Eneida*, a propósito de Dido, en 4, vv. 408-15); igualmente en el apóstrofe dirigido a Auristela, Transila y Ricla, al final del cap. 1 del Libro 2.º, cuyo comienzo, dando nosotros un salto en el tiempo, es parecido al adiós de Lucía en cap. 8 de *Los novios* de Alessandro Manzoni: «Adiós, castos pensamientos de Auristela; adiós, bien fundados disinios», etc. Una evidente reevocación del piloto Palinuro se puede además captar en esta frase: «Llegó en esto la noche clara y serena, y yo, llamando a un pescador marinerero que nos servía de maestro y piloto, me senté en el castillo de popa, y con ojos atentos me puse a mirar el cielo» (cap. 14, Libro 2.º), según cuanto ha sido observado regularmente por todos los comentaristas del *Persiles*, el episodio de Sinforosa, que ve partir la nave con Periandro a bordo, de quien ella se ha enamorado, reproduce fielmente, siempre en base a los cánones de las trasposiciones del mito, el episodio y los lamentos de Dido ante la fuga de Eneas (*Eneida*, 4, vv. 590 y ss.). Por lo demás, bien claro se dice que, mirando volar sobre el mar la nave en la que «iba la mitad de su alma, o la mejor parte della», Sinforosa se quejaba y gemía, «enviando suspiros al cielo», «como si fuera otra engañada y nueva Dido que de otro fugitivo Eneas se quejaba», etc. (Libro 2.º, cap. 16). Aún más: las profecías de Soldino, en su oscura cueva (Libro 3.º, cap. 18), recuerdan las profecías de Anquises sobre las guerras sangrien-

<sup>25</sup> Cfr. *Los trabajos de Persiles y Sigismunda, edición, introducción y notas de J.B. Avalle-Arce, Madrid, 1969, pág. 152, n. 136.*

<sup>26</sup> Schevill, ob. cit.; A.K. Forcione, *Cervantes, Aristotele and the «Persiles», Princeton University Press, 1970.*

<sup>27</sup> R. Heinze, *Virgil Epische Technik, Leipzig, 1908, págs. 368-73. (Tercera edición del libro, 1915).*

tas que deberá sostener Roma (*Eneida*, 6, vv. 788 y ss.). Finalmente hay que registrar la cita directa de *Geórgicas* (1, vv. 29-30), *ac tua nautae/ numina sola colant, tibi serviat ultima Thule*, en el cap. 12 del Libro 4.º del *Persiles*.

De todos modos, cuanto resulta de los ejemplos aquí traídos, en esta última obra suya, Cervantes ya no se sirve de precisos pasajes y paráfrasis virgilianas, aunque sólo sea, como en el pasado, con fines paródicos o de deformación irónica, sino que utiliza solamente algunos *topoi* o lugares refrendados de aquella antigua y enraizada tradición, casi como para confirmar su siempre incisiva eficacia. En efecto, no es casual que Cervantes dé en el *Persiles* su mayor contribución creativa a las teorías aristotélicas, sostenidas en aquella época, entre otros, por Torcuato Tasso en sus *Discorsi dell'arte poetica* (1567, 1570), y en los *Discorsi del poema epico* (1594), como ha sido ampliamente demostrado por Forcione<sup>28</sup>.

Dario Puccini

## Blanca Varela y la batalla poética

A raíz de la publicación reunida de Blanca Varela por el Fondo de Cultura Económica, un proceso justo de reconocimiento y revaloración de la obra de esta escritora peruana ha venido produciéndose. Poco más de treinta años de cuidadosa y contenida creación pueden conocerse en *Canto villano* (Poesía Reunida, 1949-1983)<sup>1</sup>, que lleva el título del último de los cuatro libros publicados por la autora, los cuales, además de otras cuatro composiciones más recientes, han sido incluidos en esta edición. En el panorama de la poesía peruana de fines de la década del 40 (en que Varela se forma y escribe sus primeros poemas) y aun en los años posteriores, la voz de esta poeta es personal y distinta de las otras notables voces que se manifiestan por entonces; y hasta en nuestros días, en que la poesía que se escribe en el Perú parece haberse alejado en su búsqueda formal de los intereses ascéticos que sostienen la de Varela, su poética auténtica y sin concesiones preside un valioso espacio que nadie puede negarle.

Nacida en 1926, en Lima, se forma literariamente en los últimos años de la experiencia surrealista en el Perú (Emilio Adolfo Westphalen será uno de sus maestros y ami-

<sup>28</sup> Ob. cit.

<sup>1</sup> México, Fondo de Cultura Económica, 1986; 171 pp. Colección *Tierra Firme*. Prólogo de Roberto Paoli.

gos), y a partir de su viaje a París en 1949 recibe el influjo del pensamiento existencialista y el impulso de Octavio Paz y del grupo de artistas hispanoamericanos que éste frecuentaba, en su oficio de escritora. En realidad, sus primeras composiciones publicadas acusan ambas presencias y aunque, como ya han apuntado algunos comentaristas de su obra, no es posible definirla como surrealista en la plenitud del término, algunos rezagos de esa estética dejan su huella en esos versos iniciales; la honda reflexión existencial y los sentimientos de desencanto y náusea se irán acentuando, en cambio, a medida que evolucione su obra. Son los sentimientos de su tiempo a los cuales Varela no desea escapar, antes bien, los encara, los asume y los integra a su poética.

Los cuatro títulos en los que ha ido entregando su producción poética son *Ese puerto existe*<sup>2</sup>, *Luz de día*<sup>3</sup>, *Valses y otras falsas confesiones*<sup>4</sup> y *Canto villano*<sup>5</sup>; a ellos se agregan unos pocos poemas más publicados en forma dispersa y que la edición del Fondo de Cultura ha considerado oportuno ofrecer bajo el título de *Otros poemas*. Parca en la frecuencia de sus libros, lo es también, en cierto modo, en la manifestación de su yo poético. Este se encubre precavidamente y no se expande jamás en el tono confesional; Varela tiene suficiente conciencia del ridículo. La poesía, para ella, no parece ser un medio a través del cual se expresan las vivencias cotidianas que, con variantes, agitan a todo ser humano, es en sí misma la búsqueda de un fin que se sabe imposible, es a la vez esa búsqueda con toda su retahíla de imperfecciones y el fin que no se alcanza. La poesía no sirve para volcarlo todo indiscriminadamente, sino para llenarse de lo oculto y arañar lo verdadero. Es por esto que su rechazo a lo superficial es tan claro y rotundo, el mismo que no sólo se verbaliza sino que también se pone en práctica dejando de lado las alternativas fáciles y no dando cabida a la completa gama de artificios poéticos, lo cual no revierte, de ningún modo, en pobreza formal y significativa.

La sinceridad de sus postulados poéticos halla su manifestación en el tono áspero, seco, punzante y, a la vez, duro que aplica a sus composiciones; con frecuencia, sus versos abofetean o sacuden sin que puedan calificarse abiertamente de agresivos, están simplemente desprovistos de elementos engañosos y de paliativos. El lector no encontrará mucho reposo entre las páginas de Varela, cuando no es enfrentado a realidades angustiosas expresadas sin ambages ni adornos. Deberá escarbar la simbología de que la autora se vale para configurar su microcosmos poético. No advertimos palabras de más, pero sí asoman palabras símbolos que dan acceso a ese mundo personal. Indudablemente, la lección del existencialismo fue asimilada y también reprocesada por una visión que expone el desencanto pero no acoge la desesperación; en los poemas de Varela habla un ser que conoce los mecanismos de la existencia y sus conflictos y que, por tanto, no se sorprende; en su voz no hay asombro sino el controlado registro de la comprobación, solamente eleva el tono hasta la increpación cuando se dirige a Dios, sin nombrarlo, para echarle en cara su responsabilidad en los males de este mundo y, como consecuencia, en el desconcierto humano, representado en los poemas por la propia

<sup>2</sup> México, Universidad Veracruzana, 1959; 99 pp. Colección Ficción. Prólogo de Octavio Paz.

<sup>3</sup> Lima, Ediciones de la Rama Florida, 1963; 55 pp.

<sup>4</sup> Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1972; 89 pp.

<sup>5</sup> Lima, Ediciones Arybalo, 1978; 50 pp.